



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

**¿DE QUÉ NOS SALVA
JESUCRISTO?**

ORACIÓN

Textos Bíblicos

–Mt 18, 6: *“A cualquiera que haga caer en pecado a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría ser arrojado al fondo del mar con una piedra de molino atada al cuello”*

–Lc 1, 77: *“Harán saber a su pueblo que Dios les perdona sus pecados y les da la salvación”*.

–Rm 10, 10: *“Pues con el corazón se cree para alcanzar la justicia y con la boca se confiesa a Jesucristo para alcanzar la salvación”*.

–Ef 2, 8: *“Pues por la bondad de Dios habéis recibido la salvación por medio de la fe. No es esto algo que vosotros mismos hayáis conseguido, sino que os lo ha dado Dios”*.

¿DE QUÉ NOS SALVA JESUCRISTO?

Afirmaciones llenas de interrogantes

“Dios ama a los hombres y envía a su Hijo Jesucristo como Salvador del mundo: por su muerte y resurrección ha salvado a los hombres del pecado y de la muerte”. Estas expresiones llenan nuestro discurso cristiano, forman parte de nuestra fe. Y precisamente estas fórmulas despiertan hoy muchos interrogantes, no sólo a los de fuera sino también a los de dentro, a los mismos cristianos. En los dos mil años de vida de la Iglesia, los cristianos hemos sido víctimas de todo tipo de desgracias, como los demás; y hemos sido también causantes de injusticias, de guerras y de dolor, como todos los demás. Esta dolorosa experiencia no comienza en nuestro tiempo ni en el siglo XIX; el mismo Jesús estuvo implicado. Él fue perseguido, condenado y crucificado. Al pie de la cruz se oyó un desafío: “¡Tú, que derribas el templo y en tres días lo vuelves a levantar, sálvate a ti mismo! ¡Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz!” (Mt 27,40). El Evangelio lo presenta como una blasfemia. Era el primer clamor de una duda que todavía hoy atenaza el Espíritu.

Estas dudas y escándalos no son banales sino que van al centro mismo de la fe cristiana, del mensaje y la obra de Jesús. ¿Qué significa que Jesucristo es Salvador de hombres? ¿Cómo podemos confesar el amor de Dios ante tanta injusticia y sufrimiento? Sólo hay un camino: volver una y otra vez al mismo Jesús. Jesús sabe de sobras que hay sufrimiento en el mundo y que todos los hombres, también sus seguidores, pueden pecar y tienen que sufrir y morir. Hay que volver siempre con una convicción; no demos por supuesto que hemos comprendido su mensaje. Responde a su experiencia, a su comunión con Dios; y este es un pozo inmenso de luz a la que nos tenemos que acercar con un respeto enorme, y a la vez, con un interés inmenso en encontrar al perla que es Él mismo.

El núcleo del mensaje cristiano.

Dios nos ama y nos salva. Esto quiere decir que Dios se da a sí mismo para que cada persona y cada grupo humano vivamos en Él y así encontremos la auténtica vida. Vivir en Él quiere decir un modo de ser y de ponerse delante del mundo, de las cosas, de los demás, de la vida; una manera de ser, hecha de amor, de perdón, de generosidad, de desprendimiento, de libertad, de confianza, de alegría. Quien vive así ha encontrado la vida porque sigue el camino de Jesús que acaba en la comunión definitiva con el Padre.

Este es el núcleo del mensaje cristiano. Que Dios ame a los hombres no quiere decir que les proporcione una vida sin problemas o dificultades; quiere decir que llama a cada persona a vivir en Él, en su amor, en su experiencia. Precisamente por eso, el mensaje sobre Dios conlleva una forma determinada de comprender la vida. La vida nueva y la salvación no están en la salud del cuerpo o en la satisfacción de los sentidos, sino en una actitud de amor, de perdón, de paz y de confianza. Éste fue el camino de Jesús. Es lo que invita a hacer a sus discípulos. Viviendo así, con Él y mediante Él llegaremos a participar de la vida de Dios, a ser salvados del todo, curados del mal, del egoísmo, del pecado, de la misma muerte. Con Él, siguiendo su camino, su amor, participaremos de la vida de Dios que es la plena salvación.

Desde la fe, creer en el amor de Dios es una decisión que puede ser muy dolorosa. La confianza en Él nos hace descubrir la realidad definitiva que hay detrás del dolor y la muerte; estamos llamados a la vida plena. Ya desde el primer momento el Evangelio presenta la gran dificultad de este paso. Lo hace en la escena de las tentaciones en el desierto: “Si de veras eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en panes” (Mt 4, 1-11). La respuesta de Jesús ya lo dice todo: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que salga de la boca de Dios”. Acoger el mensaje de Jesucristo sobre el amor de Dios significa cambiar la forma de comprender la vida y la salvación humanas. Ser persona salvada quiere decir vivir en el amor de Dios que no acaba en el tiempo, en la historia presente, sino vivir en la difícil decisión de amor, de perdón, ante todo de pobreza, también de la propia vida y la propia muerte que experimentamos, confiando en Dios que nos acoge ahora y por siempre en su vida.

El misterio de Jesús

El mismo Jesús vivió la exigencia radical del Espíritu de Amor. Él fue perseguido, condenado y crucificado. Este hecho trastorna todas nuestras lógicas. Y allí en la cruz se sintió la lógica constante de la humanidad: “Sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros”; “Si Dios le ama, que lo baje de la cruz”. Allí se planteó el desafío decisivo. Dios no lo bajó de la cruz, no lo liberó del sufrimiento y de la muerte. ¿Entonces, qué hizo Dios? Hizo lo que Jesús siempre había dicho. Hizo posible que Jesús, el Hijo, amase hasta darse del todo, en medio de los sufrimientos y de la ignominia. Este fue el paso más decisivo. Jesús se puso en manos del Padre y abrió el camino de la verdadera salvación para todos los hombres. Ser salvado no es bajar de la cruz o liberarnos del sufrimiento, sino liberarnos de encerrarnos en nosotros mismos y del egoísmo, saber amar, saber perdonar, saber sufrir y saber morir, desde la perspectiva de la esperanza, de la confianza en Dios. La resurrección de Jesús, el hecho definitivo de su vida que le abrió a la nueva vida, no fue la liberación de la pesadilla de la muerte, sino el verdadero encuentro de Jesús con el Padre, dándose a Dios y a los demás. Fue el encuentro pleno con Dios, ofrecido a todos los hombres que vivimos día tras día la difícil tarea humana.

Este mensaje es muy serio, quizás demasiado. Nos da tanto miedo sufrir que proyectamos sobre el amor de Dios la seguridad de una vida sin sufrimiento, y nos preguntamos por qué callar; diciendo esto ignoramos y olvidamos la imagen trastornadora de Jesús colgado en una cruz. Nuestro mundo prefiere decir que Dios no existe antes de cambiar la imagen de un Dios bondadoso que nos libra de la muerte y la ilusión infantil de una vida sin sufrimiento. Creer en el Dios de Jesús es un camino difícil, pero posible en Él, que tiene que hacer personalmente cada uno de nosotros. Delante de la cruz de Jesús y de su revelación sobre el Dios verdadero y sobre nuestra vida humana plena, estamos llamados todos a hacer el proceso de la fe; desde una confesión que quiere crecer: “Creo, Señor; pero ayúdame a tener más fe” (Mc 9, 24), hasta la afirmación casi mística del maestro de la ley: “Es verdad, Maestro; tenéis razón” (Mc 12, 32), o también “quien cree en mi, aunque muera, vivirá”.

Preguntas para reflexionar

- 1.- ¿Hay alguna responsabilidad humana en el mal y el dolor del mundo?
- 2.- ¿Es posible vencer el mal moral: egoísmos, violencias, infidelidades,...?
- 3.- Ante el mal, ¿qué postura adoptamos: silencio, ignorancia, indiferencia, solidaridad, etc.?
- 4.- ¿Por qué culpamos a Dios de nuestros males? ¿Tiene razón el libro de Job?
- 5.- ¿Cuál es nuestra posición ante la realidad humana de la muerte?

Bibliografía

RICOEUR, P. *El Mal un desafío a la filosofía y a la teología*.
PAGOLA, J. A. *Jesús. Aproximación histórica*.